

Críticas de la memoria y el olvido en el marco colonial moderno

Autor:
Noya, Elsa

Revista:
Boletín de reseñas bibliográficas

2007, N° 7 y 8, pp. 161-169



Artículo

CRÍTICAS DE LA MEMORIA Y EL OLVIDO EN EL MARCO COLONIAL MODERNO

por Elsa Noya

En las páginas de la edición nº 4 de este *Boletín*, en el artículo “Integración y rotura”¹ reflexioné sobre *La memoria rota*, de Arcadio Díaz Quiñones, de reciente aparición en ese momento. Sintetizaré primero algunas de las líneas de mi análisis para avanzar luego respecto de otras lecturas que provocó el mismo texto. El título de mi artículo hacía presente el juego de paralelismo y oposiciones entre ese texto y el que lo precedió, *La memoria integradora*², en el que Díaz Quiñones trabajaba sobre la escritura del poeta cubano Cintio Vitier en tanto proyecto intelectual de fundación de una tradición cultural nacional. Los dos textos de Quiñones se enlazaban y se llamaban recíprocamente a través de la convocatoria a la memoria como base de la operación discursiva de escribir la historia de una cultura nacional, cubana en el primer caso, puertorriqueña en el segundo. Quiñones había mostrado en *La memoria integradora* que era posible construir esa tradición cultural nacional mientras que en *La memoria rota* intentaba llevar a la práctica un proyecto similar respecto de Puerto Rico.

Mi análisis entendía que integración y rotura emergían entonces como imágenes condensadoras de dos procesos culturales latinoamericanos opuestos. Integración, como la cualidad poética de Vitier que Quiñones admiraba en tanto capacidad de asimilación de “todas las cosas verdaderamente nutritivas” y que como proyecto había querido ser “una nueva fundación poética de los orígenes y el destino nacional”. La rotura de la memoria como sujeto personal y colectivo de la historia cultural y de la identidad nacional puertorriqueña, designaba, en cambio, la pasividad de la grieta y la inercia de la fractura, en cuyas discontinuidades se había instalado el olvido.

Frente a esa inercia y discontinuidad, Quiñones, desde el descentramiento metropolitano, y en tanto sujeto intelectual activo de fin de siglo, realizaba su tarea

de recuperación, a partir de los fragmentos del olvido, tratando de desplegar una totalidad, no para reconstruirla, ni para homogeneizarla, ni siquiera para unificarla en un sentido sino para dar con un sentido que iluminase las diferencias.

La reflexión que hacía sobre la cultura y la política nacional, que enmarcaban especialmente los años de éxito del Estado Libre Asociado, recorría nombres y apellidos de intelectuales, artistas, investigadores, editores, obreros, políticos, gobernantes, instituciones, constituyendo una densa malla historiográfica que tenía el claro objetivo de hablar puntualmente de aquello sobre lo que no se hablaba y especialmente, no se debatía.

Frente a ese silencio quería operar *La memoria rota*, convocando a la creación de una tradición crítica, llamando al aporte de la energía crítica de la negación que operase en el debate público, necesario para contrarrestar la paradoja de una creciente creatividad y afirmación cultural construida en paralelo al abandono de la polémica pública, política y cultural que enarbolará las banderas de la emancipación.

En resumen, *La memoria rota* desplegaba tres movimientos discursivos del yo crítico: recordar minuciosamente, y en tanto ese yo crítico alternaba la primera persona singular con un nosotros inclusivo ofrecer, luego, el recuerdo a los otros puertorriqueños para que se incluyan en él; y, finalmente, legar el recuerdo no escrito, articulándolo en mandato de escritura y exhortación a la movilización intelectual capaz de descolonizar el imaginario.

El reconocimiento de que esa tarea “exigía una larga reflexión crítica de todos” y de que nadie podía contestarla solo, dejaba en suspenso su discurso. Mi conclusión de ese momento apuntaba a que en la medida en que no se produjera ese debate nacional y cultural autónomo que Quiñones reclamaba y que lo integrara al campo intelectual puertorriqueño, su convocatoria corría el riesgo de quedar confundida como gesto intelectual aislado, más propio del siglo XIX, cuando, por el contrario, tanto conceptual como escriturariamente, se filiaba en el fin del milenio.

Contra mis temores, el texto generó una fuerte reacción en ese campo cultural, tanto en el interior de la isla como en la emigración en Estados Unidos. Esto abría en forma compleja mi primer planteo. De esa reacción, seleccioné en principio tres artículos: uno, “Memorias (en lenguas) rotas/*Broken in english memories*”³, de Juan Flores, director en ese momento del Centro de Estudios Puertorriqueños de la Universidad de Rutgers y miembro de la comunidad nuyorican de los Esta-

de recuperación, a partir de los fragmentos del olvido, tratando de desplegar una totalidad, no para reconstruirla, ni para homogeneizarla, ni siquiera para unificarla en un sentido sino para dar con un sentido que iluminase las diferencias.

La reflexión que hacía sobre la cultura y la política nacional, que enmarcaban especialmente los años de éxito del Estado Libre Asociado, recorría nombres y apellidos de intelectuales, artistas, investigadores, editores, obreros, políticos, gobernantes, instituciones, constituyendo una densa malla historiográfica que tenía el claro objetivo de hablar puntualmente de aquello sobre lo que no se hablaba y especialmente, no se debatía.

Frente a ese silencio quería operar *La memoria rota*, convocando a la creación de una tradición crítica, llamando al aporte de la energía crítica de la negación que operase en el debate público, necesario para contrarrestar la paradoja de una creciente creatividad y afirmación cultural construida en paralelo al abandono de la polémica pública, política y cultural que enarbolara las banderas de la emancipación.

En resumen, *La memoria rota* desplegaba tres movimientos discursivos del yo crítico: recordar minuciosamente, y en tanto ese yo crítico alternaba la primera persona singular con un nosotros inclusivo ofrecer, luego, el recuerdo a los otros puertorriqueños para que se incluyan en él; y, finalmente, legar el recuerdo no escrito, articulándolo en mandato de escritura y exhortación a la movilización intelectual capaz de descolonizar el imaginario.

El reconocimiento de que esa tarea “exigía una larga reflexión crítica de todos” y de que nadie podía contestarla solo, dejaba en suspenso su discurso. Mi conclusión de ese momento apuntaba a que en la medida en que no se produjera ese debate nacional y cultural autónomo que Quiñones reclamaba y que lo integrara al campo intelectual puertorriqueño, su convocatoria corría el riesgo de quedar confundida como gesto intelectual aislado, más propio del siglo XIX, cuando, por el contrario, tanto conceptual como escriturariamente, se filiaba en el fin del milenio.

Contra mis temores, el texto generó una fuerte reacción en ese campo cultural, tanto en el interior de la isla como en la emigración en Estados Unidos. Esto abría en forma compleja mi primer planteo. De esa reacción, seleccioné en principio tres artículos: uno, “Memorias (en lenguas) rotas/*Broken in english memories*”³³, de Juan Flores, director en ese momento del Centro de Estudios Puertorriqueños de la Universidad de Rutgers y miembro de la comunidad nuyorican de los Esta-

dos Unidos. Inscrito bajo la óptica de la emigración puertorriqueña, celebra la reivindicación que hace Quiñones de la cultura del mestizaje y la mezcla y sobre todo celebra el señalamiento que hace el texto de las exclusiones, destacando el esfuerzo que realiza, inédito en la historia y en la cultura de la nación, por incluir dentro de la exclusión a aquellos que emigraron. Allí, su crítica apunta especialmente al movimiento historiografista de los años setenta y ochenta que, ocupado en rescatar del olvido las oclusiones de raza, género y clase, no se detiene en ese otro nacional ausente que es el fenómeno de casi la mitad de la población, incide a su vez en la cultura de la metrópoli de manera fundamental y disputa con sus connacionales isleños, desde ese suelo metropolitano, por la posesión del linaje patrio.

Sus reparos apuntan al concepto de continuidad de la memoria que arrastra a su vez el de la identidad nuyorican como continuidad de una única identidad cultural puertorriqueña. En la línea del multiculturalismo, Flores rechaza el parámetro de unidad entendiendo que serán los de diversidad e hibridez los que sí podrán dar cuenta de la cultura puertorriqueña de la emigración, pero en tanto "otra" cultura puertorriqueña.

De las lecturas que se hicieron desde la isla tomé la de María Milagros López y la de Juan Duchesne Winter, aparecidas ambas en un número de la revista *Postdata* en 1993. Por un lado, María Milagros López, en su artículo "El problema de la memoria en la época de la crisis de la representación"⁴, si bien también reconoce el gesto de rescate que postula Díaz Quiñones en tanto abre y estimula un debate necesario y acuerda con él en el análisis de lo nacional, entiende que la propia memoria del texto muestra la crisis de representatividad de los intelectuales puertorriqueños, en tanto se construye como la memoria de un sujeto individual, desde un imaginario de izquierda acotado ideológicamente por clase y generación.

López se identifica con la tradición de los *outsiders* de la cultura letrada, critica la alta retórica culturalista que se desprende de *La memoria rota* que, al privilegiar, desde parámetros literarios, la mirada del discurso intelectual, excluye a su vez otras memorias que sí existen en la izquierda y que no son escuchadas en la esfera pública ni representadas por las instituciones culturales del país, en las que se producen los juegos propios de la emergencia y continuidad de los dirigentes culturales, a los que que el trabajo de Quiñones estaría interpelando, a su entender, dentro de ese mismo juego institucional.

Por otra parte, la respuesta que plantea mayor polémica, y en la que quiero detenerme un poco más, es la de Juan Duchesne Winter, profesor de la Universidad de Puerto Rico, quien ya desde el título de su artículo “Notas desde el olvido”⁵ postula una clara posición de rechazo a ese mandato reiterado de recuperar la continuidad de la memoria que exhibe Quiñones.

Su planteo “¿quiénes tienen la memoria rota? ¿a quién le toca reparar esa ruptura? ¿quiénes ejercen la práctica de la memoria? ¿cuándo dónde y por qué se rompe la memoria? ¿Para qué repararla?” ahonda en el rechazo de esa instancia insistente de reproducir la memoria y desentrañar el olvido, para apuntar inmediatamente al cuestionamiento irónico de la voz magisterial y la figura de intelectual en tanto conciencia crítica de la modernidad liberal que estaría llevando a cabo Díaz Quiñones.

Para apoyar esto asimila la tarea de ese intelectual crítico con la del psicoanalista, en tanto sujetos de la modernidad que presionan para que el individuo y los pueblos se asuman como sujeto histórico individual y nacional bajo la metáfora: “éste soy yo y ésta es mi historia. Yo soy un sujeto histórico”.

Y mientras en el proceso psicoanalítico, la repetición del síntoma es leída como la permanente oclusión del trauma originario, Duchesne la rescata como estadio de juventud, tesoro gozoso y trágico, impermeable al lastre de experiencias de generaciones anteriores, y por lo tanto contenedora de un *olvido activo*, dimensión vital de las prácticas culturales y constitutivo de la dimensión artística, en la medida en que da paso a una memoria creativa y pluralista y desecha otra meramente reproductora y totalizante como entiende sería la que está implícita en el mandato de Quiñones.

Evidentemente, podemos leer esta respuesta como la aparición de la energía crítica de la negación, (pedida por Quiñones), pero con signo diverso; ya no se trata de desarmar la paradoja de afirmación cultural nacional sin emancipación; la energía de la negación en Puerto Rico emergió estos años con virulencia inusitada en la tradición crítica puertorriqueña debido a su anclaje en la corriente de los debates entre modernidad y postmodernidad y fundamentalmente respecto de los temas de identidad, nacionalidad y status político. Por eso a Duchesne Winter no le es ajeno el desafío de su propuesta cuando dice:

es duro defender el olvido, sobre todo en un lugar donde las tradiciones culturales fundan su derecho mismo a existir en el oficio incuestionado de la memoria

Y si bien se preocupa por aclarar que “La perspectiva del olvido no va contra la memoria ni siquiera contra la historia y la historiografía como tales: sencillamente reclama la positividad creadora del olvido; el gozo y el dolor de diseminar el olvido. Se pueden visualizar tradiciones hechas de olvido y no sólo tradiciones de la memoria”, viendo la situación con cierto detenimiento, lo que aparece es que ese blanco Díaz Quiñones, cuya voz magisterial se rechaza al mismo tiempo que se reconoce y agradece su magisterio porque “A escribir y leer siempre ha invitado Arcadio con inteligencia y nobleza...”, es blanco no sólo por reencarnación en el presente de un sujeto crítico que reclama bucear en las entrañas del pasado para rescatar la continuidad de una tradición nacional, sino y especialmente en tanto “sujeto crítico en el pasado”, en tanto exponente de un grupo de intelectuales que desde distintas disciplinas produjeron, a partir de fines de los años sesenta y hasta bien entrados los ochenta, y al ritmo de los fervores latinoamericanos y europeos, no sólo uno de los rescates historiográficos más significativos de América Latina (en relación con una historia que en el marco colonial y neocolonial había sido claramente manipulada), sino también que, a tono con la dimensión renovadora de la expansión literaria latinoamericana de esos años, estimularon y atravesaron los comienzos del proceso de modernización del propio sistema literario puertorriqueño.

Ahora bien, el horizonte cultural de ese grupo de intelectuales estaba inscripto en un claro proyecto político que era el de la independencia de Puerto Rico, con la mira en la definitiva resolución del problema del status en la declaración del Estado-Nación, y oponiendo su resistencia a la mera articulación política de la afirmación cultural que sustentaría el proceso autonómico del Estado Libre Asociado.

La pelea con la convocatoria a la memoria de Díaz Quiñones, el cuestionamiento de un sujeto crítico que da instrucciones en vez de narrar la memoria de su generación intelectual, se contrasta en el análisis cuando vemos que el perfil de narrador permea todo el texto de Quiñones, no sólo desde la evocación epigráfica y textual al narrador de *El entenado* de Saer -elegido como testigo futuro de un pasado arrasado-, sino también en esa alternancia permanente entre el Yo crítico y el nosotros inclusivo que ya mencioné. Se contrasta también cuando muchos de los autores y producciones literarias dados por Duchesne Winter, como ejemplos de productividad creativa, de puesta en arte del olvido activo, también son textos valorizados por esa memoria ‘reproductora y pasiva’ que se desplegaría en *La memoria rota*.

Estos contrastes sugieren una lectura sesgada del texto y ameritan iluminar esa energía de la negación desde otro ángulo.

Esa otra perspectiva tendría que ver no sólo con el artículo puntual de Duchesne Winter sino con el debate que se está dando estos últimos años en Puerto Rico (que circula especialmente en las revistas *Postdata*, *Bordes*, a veces también en *Nómada* y con resonancias en otras publicaciones que recogen el tema) y del que *La memoria rota* parece haber funcionado como un detonante oportuno.

La crítica de la memoria y del olvido que acompaña el cuestionamiento de la figura del intelectual crítico, como residuo lastimero de la modernidad, se enmarca en un proceso, que excede conceptualmente a Puerto Rico, pero que en él y a través de algunos de los discursos que lo formulan apuntó en un momento expresamente a un proyecto de nación cultural descolonizada sí, pero no por la independencia, sino a través de su inscripción en la metrópolis estadounidense y desde la nueva figura de una “estadidad radical”⁶.

Siguiendo, los conceptos de “democracia radical” de Ernesto Laclau y de multiculturalismo y desterritorialización de Deleuze, y con un fuerte bagaje de pensadores postmodernos como marco, se construye un escenario a futuro en el que, en tanto Estados Unidos se encamine irreversiblemente hacia una democracia ampliamente participativa, multiculturalista y contenedora de las particularidades identitarias que la componen, el peso cultural de los “oscuros” irá transformando las reglas de juego respecto de los subalternos, entre quienes la fuerte cultura puertorriqueña ocuparía un lugar de vanguardia como diferencia radical, potenciando ampliamente la diseminación y metabolización que viene realizando desde hace más de un siglo de haberse incrustado en el corazón de la metrópolis. Más allá de que culturalmente estemos conformados a esperar que los pueblos se resuelvan en la forma de estados nacionales, el proyecto puede parecer salvajemente utópico. Así pareció también a otros intelectuales puertorriqueños que reaccionaron fuertemente ante la propuesta, aun desde el propio segmento del pensamiento tardomoderno.

Para finalizar, quiero reflexionar brevemente sobre algunos puntos: en primer lugar, habría que pensar en esa figura del intelectual como conciencia crítica que se rechaza, al tiempo que la misma retórica del rechazo pareciera reenviarlo a lo mismo que censura y posicionarlo también respecto de viejas disputas generacionales, profesionales y políticas, que varios de estos discursos dejan

asomar, entre intelectuales institucionales, consagrados afuera y *outsiders* internos.

En segundo término, sería posible señalar esta furiosa defensa del olvido como reacción a la relación identidad/historia, que ha venido siendo un eje programático muy fuerte a lo largo de la constitución del sistema cultural y literario puertorriqueño, en tanto compensación cultural de un débito originario, que llega sí a conformar la nación cultural que se levanta orgullosamente, pero que, en tanto débito, se sigue arrastrando como lo incumplido en 'vindicaciones y reivindicaciones' permanentes.

La necesidad de olvido del débito se proclama desafiante frente al desprestigio social que aquél conlleva como carencia en el orden de lo incumplido. El único olvido estimulado, promovido, casi obligado, sería el de las tragedias personales que son producto del azar o del fluir de la vida misma. Ese olvido permitiría ir atravesando el dolor y proseguir el camino de acuerdo al *modus vivendi* social esperado.

No sucede así cuando lo que se olvida son situaciones que por su mismo carácter de no azarosas, sino provocadas, por acción u omisión, implican un débito en tanto responsabilidad en la alteración profunda de un orden de proyectos consensuados y continuidades vitales, que al no haber sido restaurado demanda la condena de su posible olvido.

En este caso, el débito sería de omisión: como se vislumbra en las luchas personales de Betances o de Hostos, no poder hacer lo que había que hacer en el momento en que había que hacerlo: cumplir con un modelo, con el deber ser político que demandaba la modernidad; las colonias en tanto identidades nacionales en germen, debían pasar por un rito de iniciación que las configurase como parte del gran todo de la razón universal moderna y al mismo tiempo las nivelara entre sí dentro de esa otra entidad llamada finalmente América Latina.

La ausencia de ese pasaje se ha constituido para Puerto Rico en lo que Habermas llamó "tradiciones incómodas". La relación, salvando la distancia contextual en la que surge el término⁷, puede ser útil en lo conceptual para visualizar, por un lado, ese *oficio de memoria* que viene desplegando la literatura puertorriqueña afirmando identidad y nacionalidad como resistencia y compensación por la falta de la constitución del Estado-Nación; por otro, visualizar también la de-

manda de olvido como resultado frente al cansancio y la parálisis que puede producir el peso de una tradición incómoda.

*¿Qué tiene alguien que estar machacando y diciéndole a un pueblo qué es lo que se le olvidó y qué es lo que tiene que recordar? ¿Qué tiene que estar diciéndole la gente 'mira dejaste este pedazo de carga olvidado en el camino de tu historia, tómalo ahora y carga con él decentemente, como corresponde a alguien que carga con su pasado y su identidad ¿Con qué propósito señores? ¿Y si la gente no quiere recordar algo o nada, cuál es el problema?'*⁸

La tercera reflexión tiene que ver con el punto anterior: al mismo tiempo que el debate llegó a hacer aparecer en escena la propuesta política de la estadidad radical, las páginas de las revistas que nombré⁹ son una clara muestra de una producción literaria de mayor densidad de elaboración y coherente con los planteos previos. En tal medida, deja de lado ese aspecto 'vindicativo y reivindicativo'¹⁰, para entender que la raíz es el lenguaje y para crear nuevas aperturas y prácticas en relación con un concepto de escritura como entramado estético y fundamentalmente como espacio discursivo autónomo del débito. Trata de desprenderse así de una retórica de la representación, que habiendo iniciado el proceso de modernización literaria a partir de mediados de los años sesenta, podía correr el riesgo de quedar encerrada en la reproducción afirmativa de la oralidad nacional.

La discusión sigue, en latencia o actualizándose por momentos, pero dando muestras siempre de un singular y complejo dinamismo intelectual. Este análisis es sólo una aproximación de comprensión a esa situación. Si acordamos que en América Latina se cruzan distintos tiempos históricos y discursivos, Puerto Rico se podría leer hoy como el punto de condensación paradigmático de ese cruce; pero no del paradigma que lo incluía como el lugar de la metáfora decimonónica de modelo exótico y precioso, "perla de los mares", o incluso el de "vitrina del Caribe" de los años cincuenta, al tiempo que lo minorizaba respecto de los estados nacionales constituidos en América Latina, sino del que se vislumbra en el conflictivo entramado de neocolonialismo, economía mundial y desterritorialización cultural que hoy afecta no sólo a Puerto Rico. En ese marco, las tensiones discursivas emergentes respecto de memoria y olvido, nos incluyen y se manifiestan como plegamientos y expansiones de un movimiento parabólico, que va del pasado siglo al fin del milenio, y en los que friccionan el deber ser emancipatorio moderno y las contradicciones inherentes a la reacción por sus realizaciones precarias, insuficientes, incumplidas.

NOTAS

- ¹ Elsa Noya, "Integración y rotura", en *Boletín de Reseñas Bibliográficas*, N°4, Instituto de Literatura Hispanoamericana, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, Buenos Aires, 1995.
- ² Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*, San Juan, Ediciones Huracán, 1993. *La memoria integradora*, San Juan, Editorial Sin Nombre, 1987.
- ³ Juan Flores "Memorias (en lenguas) rotas/Broken english memories", en *La venganza de Cortijo y otros ensayos*, Ed. Huracán, Río Piedras, Puerto Rico, 1997; y en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XXIII, N° 45, Lima-Berkeley, 1° semestre 1997.
- ⁴ María Milagros López, "El problema de la memoria en la era de la crisis de la representación" en *Postdata*, N° 8, San Juan, 1993.
- ⁵ Juan Duchesne Winter, "Notas desde el olvido", *Postdata*, N° 8, San Juan, 1993.
- ⁶ Juan Duchesne, Chloé Georas, Ramón Grosfoguel, Agustín Lao, Frances Negrón, Pedro Angel Rivera, Aurea María Sotomayor, "La estadidad desde una perspectiva democrática radical. Propuesta de discusión a todo el habitante del archipiélago puertorriqueño", *Diálogo*, San Juan, 1997.
- ⁷ Ver John Torpey, "Habermas y los historiadores", en *Punto de Vista*, Buenos Aires, Año XII, N° 36, Diciembre 1989.
- ⁸ Juan Duchesne Winter, "Notas desde el olvido", ob.cit.
- ⁹ Si bien la discusión alrededor de los temas de modernidad y postmodernidad se centraría en esas revistas, la propuesta de estadidad radical no fue publicada en esos espacios sino en el periódico universitario *Diálogo*.
- ¹⁰ "El discurso vindicativo y reivindicativo ha acaparado las posibilidades de la creación y de lo publicable. No se trata de negar la importancia que esas corrientes creativas hayan tenido en las letras de nuestro país. El problema es que se piense que en Puerto Rico se escribe o se debe escribir de una forma u otra"; "Nuestra literatura ha sacrificado demasiado a la urgencia del sentido -pensemos en el eterno problema de la definición nacional-. Esa urgencia del sentido se ha tragado la experimentación estética y el sentido lúdico de la manifestación artística", Noel Luna, "Escribir y publicar en Puerto Rico", en *Nomada*, N° 2, San Juan, octubre 1995.